

Los engaños en el discernimiento

Antonio T. Guillén

Al tratar el tema del discernimiento es imprescindible hablar también de nuestros posibles engaños al hacerlo. Porque, cuando nos ponemos en discernimiento, ya no nos interesa escuchar nuestras llamadas, ni recibir nuestras respuestas, por generosas y bienintencionadas que fueren, sino las del Señor. Y sin embargo, la experiencia enseña que debe ser casi inevitable que interfiera nuestra voz con la suya y deforme sustancialmente su palabra. ¿Cómo saber que recibimos realmente llamadas y respuestas de Dios, y no sólo propias, a nuestras inquietudes y en nuestras alternativas? ¿Estamos tomando el nombre de Dios en vano? ¿Cómo asegurarnos que salimos verdaderamente de nosotros mismos cuando deseamos discernir *la voluntad de Dios* sobre algún particular?

A un maestro de la sospecha de sí mismo, como era San Ignacio, no se le pudo escapar el problema. Lo reservó, eso sí, para considerarlo en la *Segunda Semana* de los Ejercicios, porque antes podría dañar a los principiantes “*por ser materia más sutil y más subida de lo que podrá(n) entender*” [Ej 9]. Con todo, el gran peligro hoy para todos, principiantes y avanzados, puede provenir de habernos olvidado habitualmente de las advertencias ignacianas.

Aparecen éstas, dentro del proceso de los Ejercicios, en el mismo comienzo de la *Segunda Semana*¹. Al animarnos al seguimiento de Jesús, San Ignacio nos presenta en paralelo una referencia explícita a “*los acostumbrados y (en)cubiertos engaños*” del tentador. En su acumulación reiterada de palabras negativas –“*engaños*”, “*malicia*”, “*astucias*”, “*intención depravada... perversa... dañada...*” [Ej 328-336]– se vislum-

¹ El núcleo fundamental lo constituyen las llamadas “Reglas para el mismo efecto con mayor discreción de espíritus, y conducen más para la Segunda Semana” [Ej 328-336], escritas en Roma hacia 1540. Completa San Ignacio con ellas la “Meditación de Dos Banderas” (con su posteriormente redactado “Preámbulo para considerar estados”) [Ej 135-147] y las “Reglas para discernir espíritus, más propias para la Primera Semana” [Ej 313-327], escrito todo ello básicamente ya en Manresa, en 1522. El tema de los engaños lo tiene, pues, presente San Ignacio desde el comienzo hasta el final de la elaboración de sus Ejercicios.

bra todavía el dolor y el coraje de quien se ha sentido engañado y desconcertado muchas veces en su vida espiritual. Conociendo a San Ignacio, no resulta extraño que esa experiencia suya, “conocida y notada”, se transforme ahora en recomendaciones, *reglas* y consejos con los que “ayudar a otros” en la práctica de su discernimiento.

Detrás de él, la tarea que quizá pueda pedírsenos ahora a nosotros sea la de ordenar y sistematizar de nuevo sus advertencias dispersas, liberándolas de su lenguaje arcano, y permitiendo así que transmitan hoy mejor la sabiduría y la efectividad que encierran. Porque la herencia ignaciana en este punto sigue siendo muy útil para todos.

El discernimiento sólo puede hacerse contemplando la vida de Jesús

En ambientes religiosos o clericales, el término *discernimiento* no pocas veces se usa para todo. Hay una inflación sospechosa de una palabra y un concepto que, en realidad, exige muchos elementos previos, sin los cuáles ya no se está hablando de lo mismo. Porque ni siquiera tiene sentido apelar normativamente a los *textos* explicativos del discernimiento fuera del *contexto* bien definido que San Ignacio subraya.

16

*Hay una inflación
sospechosa en un tema
que, en realidad, exige
muchos elementos
previos*

La alarma se desata cuando se escucha decir a alguna persona espiritual, sobre cualquier decisión tomada –a veces trivial y a veces determinante en la vida–, que “ya lo he discernido”, con el mismo tono excluyente de dar explicaciones con el que se dice otras veces que “es cosa mía y punto”. Más pavor desata todavía escuchar la referencia expresa a un discernimiento hecho para justificar el abandono o ruptura de cualquier compromiso anterior o el apalancamiento en una misión autoelegida o la exigencia de unas condiciones determinantes para asumir otra..., sin la más mínima referencia a la contemplación de la vida de Jesús o a las características de su Reinado.

Para San Ignacio, nada de esto merece en verdad el nombre de *discernimiento*. Porque éste sólo puede iniciarse, cultivarse y desarrollarse “*juntamente contemplando*” la vida de Jesús. La clave interpretativa de todo discernimiento es la Encarnación que sucede al “*¡Hagamos redención!*” y el fuerte llamamiento de Jesús a animarnos a ir por la vida, para todo, “*conmigo*” [Ej 93, 95, 107]. La *misión* que recibe en su vida cada cristiano no puede interpretarse correctamente fuera de tal *contexto*.

Por eso, al consejo de San Ignacio en el inicio de todo discernimiento no le sobra ninguna palabra, ni sería bueno olvidarlas: “*Comenzaremos, juntamente contemplando su vida, a investigar y a demandar en qué vida o estado se quiere servir de nosotros su divina majestad*” [Ej 135]. Sin contemplación no hay discernimiento posible, porque es un hecho que nuestras consideraciones naturales o espontáneas están en coordenadas muy diferentes del *estilo* de Jesús, y por tanto, si no se resaborea simultáneamente a Jesús, no tiene sentido esperar que los resultados de nuestra reflexión coincidan con su *lógica*.

Lo básico de la parábola de “*las dos banderas*” es la representación de un conflicto frontal, siempre constatable en el alma, entre nuestro egoísmo –alentado por la “*codicia de riquezas*” y el “*vano honor del mundo*” [Ej 142]– y la *sagrada doctrina* de Jesús, que anima al descentramiento deliberado de nosotros mismos –“*porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés*” [Ej 145, 189]–. Lejos de cualquier teología maniquea, que San Ignacio nunca avala, lo que parece resaltar con los términos de un *ángel bueno* y un *ángel malo*, “*el sumo y verdadero capitán*” [Ej 139] y “*el enemigo de natura humana*” [Ej 7, 10, 136, 333, 334], es la oposición radical de las dos propuestas, las dos *lógicas*, los dos *estilos* absolutamente irreconciliables entre sí, que “*vienen de fuera*” y esperan nuestra respuesta libre [Ej 32].

Si se nos pide discernir *juntamente contemplando* escenas de la vida de Jesús es para, de algún modo, relacionar el resultado del discernimiento con lo *sentido* y *gustado* en éstas. Se nos anima a conservar la memoria –y dar razón de ella a otros– de aquellos momentos o escenas en las que nos hemos sentido más interpelados por el Señor Jesús, dónde hemos encontrado que deberíamos imitarle y amarle más, cuándo hemos notado que nos quedaba “*el corazón en ascuas*”, cómo hemos descubierto la nueva opción o llamada en la estela de su seguimiento. Si no se ha discernido así, sino más bien, al margen de estas dimensiones del corazón seducido, ¿qué seguridad podemos tener de haber estado en todo el proceso de discernimiento, de verdad, a su escucha? ¿Cómo no sospechar, más bien, que los dados con los que hemos jugado, estaban mal cargados?

El autoengaño se presenta enmascarado con razones aparentes

Frente al tópico a veces imperante, ninguna decisión o *elección* espiritual, a juicio de San Ignacio, puede tomarse por sólo razones a favor o

en contra. Ni siquiera el “modo para hacer sana y buena elección”, que él mismo propone como conveniente en un *tiempo tranquilo*, termina con el recuento y ponderación de las razones encontradas. Al contrario: “al terminar la deliberación” debe pedírsele a Dios nuestro Señor “que la quiera recibir y confirmar”, lo cuál implica ponerse a la espera de una respuesta que aporte *consolación* espiritual, alegría y paz hondas en el corazón [Ej 183].

En el discernimiento ignaciano, el detector privilegiado e imprescindible para captar las llamadas “que se causan en el alma” y el lugar idóneo para discernir si éstas vienen del Señor o de uno mismo, es el corazón seducido. En él se reciben, con más garantía de inmediatez de Dios que en ningún otro sitio, las llamadas y respuestas del Señor. Por eso es importante no desconocer cómo se presentan éstas.

En los que buscan a Dios, sus llamadas llegan siempre acompañadas de “ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas (de gozo), inspiraciones y quietud..., con verdadera alegría y gozo espiritual” [Ej 315, 329]. Los requerimientos, en cambio, del propio egoísmo aportan “tristeza y turbación”. No hay confusión posible entre ambos grupos de sentimientos. Las dudas deberían, pues, quedar en todo momento zanjadas.

Pero el conflicto y oposición entre las dos lógicas sigue vivo y nunca puede darse por concluido, porque la tentación del “mal caudillo” sigue al acecho, aunque por otro camino. Ahora esa lógica –la de nuestro egoísmo–, que sólo estaba en nosotros superficialmente derrotada por una seducción mayor, se encastilla en las entrañas y exige de la cabeza que

justifique sus demandas. Surgen de improviso razones aparentes con pretensiones contrarias –“ponen impedimentos, inquietando con falsas razones para que no se pase adelante” [Ej 315]– y en consecuencia, el engaño cristaliza así en autoengaño, mucho más difícil de descubrir, al camuflarse en razonamientos falaces.

Es nuestra propia respuesta –y ya no la del Señor– la que aparece entonces enmascarada en elucubraciones, razones interesadas y desganadas paralizantes,

que no intervinieron en el discernimiento, pero que pretenden ahora con fuerza minar o cambiar su resultado. “Es propio del enemigo –dice San Ignacio– militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y asiduas falacias” [Ej 329]. Pese a su obviedad, la advertencia ignaciana nunca está de más.

¿Cómo puede deshacerse por razones aparentes lo que nació clara-

*La oposición entre las
dos lógicas sigue
siempre viva y nunca
puede darse por
concluida*

mente del apasionamiento *sentido y gustado* en el corazón? Cuando los razonamientos ahora esgrimidos pretenden modificar sustancialmente la decisión tomada, la pérdida de *paz* y el aumento de *tristeza y turbación* aparecen simultáneamente. Tal llamada de atención debe ser recogida. ¿Podríamos acaso dar validez a lo que pretende agostar en el corazón la consolación previamente *gustada*, sin sustituirla por otra igual o mayor?

Todavía hay un punto más donde fundamentar la sospecha sobre nosotros mismos. Porque, si bien es cierto que podemos ser muy ciegos para desvelar la falsedad de nuestras justificaciones —nuestros *autoengaños*—, sin embargo, a la vez también somos muy lúcidos para desenmascarar las mentiras ajenas. ¿No deberíamos sacar de ello algunas conclusiones humildes y prácticas?

El autoengaño se esconde bajo unas falsas consolaciones

No puede extrañar a nadie que la referencia reiterada a la alegría y a la paz hondas en el alma, como prueba y garantía de todo discernimiento bien hecho, arrastre también un cierto mal uso interesado del término *consolación*, ajeno a la verdad. De hecho, es frecuente recibir de otros, como colofón final de cualquier planteamiento no discernido o engañado, la aseveración contundente de “estar con mucha paz”, a la vez que el mensaje no verbal está comunicando, sin querer, precisamente lo contrario... Esta experiencia es frecuente y forma parte sustancial del autoengaño.

San Ignacio la conoció, en sí mismo y en otros, y se esforzó por ofrecernos consejos y criterios para ayudarnos a descubrir la falsedad aquí encubierta. El *ángel malo*, en terminología ignaciana, se disfraza de *ángel bueno*, para engañarnos mejor [Ej 332]. El propio egoísmo, en otro lenguaje, sabe *inventarse* sucedáneos de consolación, cuando los necesita como prueba justificatoria ante sí mismo o ante los demás. Pero obviamente, los resultados no son iguales, y hacia ello apunta la advertencia ignaciana.

En un examen menos superficial y más completo, sí que es posible distinguir el evento original de los sucedáneos, la *verdadera* de la *falsa* consolación. En manos de todos está comprobar que hay grados muy diversos de alegría y grados muy diferentes de paz, y que hay “bajadas de tono” constatables en uno y en otro sentimiento. Para la persona espiritual es imprescindible saber manejarse bien en este examen.

En su búsqueda de un *patrón de medida* veraz, estable y efectivo, de lo que es una *verdadera* consolación, San Ignacio encuentra la que él

llama –con un tecnicismo que sólo utiliza en este momento de los Ejercicios– “*la consolación sin causa precedente*” [Ej 330, 336]. Sin necesidad de entrar en la polémica y opiniones que dicho término ha desatado entre los especialistas², basta quedarse con la referencia indiscutida a la pura gratuidad de Dios que así quiere expresarse. La expresión sugiere y señala, en efecto, tanto la inmediatez de Dios en el alma –que ha sido predicada ya desde las Anotaciones [Ej 15]–, como el carácter regalador de Dios nuestro Señor, que baña todo el proceso de los Ejercicios y se resume sobre todo en la Contemplación para alcanzar amor [Ej 230- 237].

Todo el que busca a Dios tiene ya, al menos, una experiencia profunda de gratuidad recibida en su vida –“no me buscaríais, si no me hubierais ya encontrado”, pone en boca de Dios, con finura, San Agustín–. Sabe, por tanto, lo que es encontrar de repente una alegría y paz desproporcionadas al propio esfuerzo, a cualquier trabajo o a la propia realidad que se está viviendo. En muchas ocasiones, no ha habido adecuación suficiente para esperar lo recibido, ni “*causa precedente*” que hiciera presentirlo. Y sin embargo, su aparición ha sido real y sus efectos se muestran todavía reales y duraderos. Afortunadamente, la memoria se ha encargado de guardar su recuerdo, con todos los matices reveladores que el corazón no olvida.

Lo que se aconseja entonces, para eliminar o salir del autoengaño, es comparar el nivel de alegría y de paz que ahora aparece, y sobre el que puede haber dudas, con aquél excepcional que se recuerda y del que –por sus efectos firmes y duraderos– ya no se duda. Y si el grado de alegría y de paz ahora recibidas no llega a la altura de aquel *patrón de medida* de lo que fue –“*sin dudar ni poder dudar*” [Ej 175]– verdadera consolación, no se le debe dar a la actual todavía “*entero crédito*”. Porque, en terminología ignaciana, todavía hay motivos para sospechar que ésta viene del *ángel malo*, y nos tienta mostrándose “*debajo de especie de bien*” [Ej 10, 331, 336].

Es posible que inicialmente surjan dificultades de aplicación de esta advertencia ignaciana, pero con el tiempo, en cambio, termina siendo muy clara y reveladora. Para todos es un consejo muy válido para dejar al descubierto las manifestaciones de la tozudez orgullosa o de experiencias similares de autoengaño. Porque nadie en su sano juicio lograría equipararlas con la paz que desborda la consolación verdadera...

² Sobre el sentido, problemática y explicación del término “consolación sin causa precedente”, véase José GARCÍA DE CASTRO, en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae 2007, pp. 425-428. De una manera mucho más exhaustiva, véase, del mismo autor, *El Dios emergente. Sobre la “consolación sin causa”*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2001.

Es necesario examinar *el principio, medio y fin* de nuestras mociones

La batalla entre las dos *lógicas*, la de Jesús y la del propio egoísmo, no puede darse nunca por terminada. Precisamente el engaño se consolida cuando negamos esa oposición frontal y queremos persuadirnos de que “*las dos banderas*” son armonizables. Cuando dicha componenda fracasa por un camino, el tentador –nuestro egoísmo– lo intenta por otro, y uno de los más comunes pasa por hacer una desviación interesada en el proceso discursivo del discernimiento.

En efecto, si todo el proceso de éste se ha hecho realmente a la escucha del Señor, el entero “*discurso de los pensamientos*” debería ser “*bueno e inclinado a todo bien*”. Por contra, no podría aceptarse como igualmente proveniente de Dios lo que aparezca –al principio, medio o fin del proceso– como “*cosa mala, o distractiva, o menos buena*” [Ej 333]. Más bien, lo justo es interpretar estos últimos *pensamientos* como pertenecientes únicamente a nuestra propia *lógica*.

Así, no es raro que a veces, lo que empezó postulándose como ayuda a los demás –que pertenece a la *lógica* del “*buen capitán*”–, termine queriendo ser después puro enaltecimiento de sí mismo –que pertenece claramente a la *lógica* del “*enemigo*”–. Cuando esto ocurre, es claro que revela, pese a lo confesado en sentido contrario, que no se había renunciado del todo al “*propio amor, querer e interés*”, y que se había dejado a éste mal escondido en los *sótanos* peor vigilados de la persona. Lo dañino es que ahora pretende presentarse como consecuencia derivada y fiel de la opción por Jesús. Para un examen superficial o incompleto, este desvarío –y el consiguiente autoengaño– puede pasar, en efecto, desapercibido.

Quizá eso mismo haya ocurrido en no pocos planteamientos nuestros pastorales, de antes y de ahora. En efecto, no raras veces, lo que *en el principio* fue un deseo bueno de transmitir con libertad el mensaje cristiano en toda su radicalidad, ha derivado luego, *en el medio* del proceso, en algún tipo de manipulación irrespetuosa de otros, y *en el fin* del mismo, en una pretensión de imponerlo sin haberlo predicado en positivo, o bien, en una desmedida profusión de condenas, amenazas, excomuniones y descalificaciones morales contra los que no lo escuchan... ¿No está acabando entonces nuestro discurso “*en una cosa mala, o (por lo menos) distractiva o menos buena*” –imponer, amenazar o condenar a

21

No es raro que lo que empezó como lógica del “buen caudillo”, termine después en puro enaltecimiento personal

otros– que aquel deseo inicial verdadero de hablar a fondo perdido de Jesús y de su Reinado? Sólo un examen completo del “*discurso de los pensamientos*” podría respondernos.

No por casualidad, utiliza aquí San Ignacio la imagen paulina del “*ángel de luz*” (2 Cor 11, 15) [Ej 332] para hablar del *disfraz* del que se sirve comúnmente el tentador para engañarnos. Contra él, la advertencia ignaciana reitera la necesidad de mantener la misma atención y examen riguroso en todos los pasos del discernimiento [Ej 333- 334].

Sorprendentemente, la sospecha sobre nuestra capacidad interesada de interferir hasta en lo más santo, alcanza todas las situaciones. Por eso, aun cuando en el inicio del proceso haya habido una consolación tan *verdadera* que haga imposible dudar de la llamada del Señor, San Ignacio encarece examinar por separado –“*con mucha vigilancia y atención*”– el fuego de las brasas, pues ni siquiera las “*reliquias de la consolación pasada*” legitiman todo lo que después de ellas, *en un segundo tiempo*, pudiera ocurrírseles. Porque no debe olvidarse, insiste de nuevo, que “*el propio discurso forma diversos propósitos y pareceres que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor*” [Ej 336].

22

Cuando el examen se hace completo y cubre todo el desarrollo de la experiencia, el tentador termina mostrando siempre “*su cola serpentina y mal fin a que induce*”. Ello se descubre inmediatamente en el corazón, porque “*enflaquece o inquieta o conturba el alma, quitándole su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía*” [Ej 333- 334]. Esta señal de alarma es definitiva y contundente, una vez más, para San Ignacio. Por eso subraya de nuevo la relación directa entre una “*bajada de tono*” de paz y gozo en el alma, con el engaño y la victoria del “*enemigo de nuestro provecho y salud eterna*”. Para la persona espiritual es muy importante guardar, y utilizar con pericia, dicha *señal de alarma*.

Es más propio de Dios la brisa suave que el estrépito ruidoso

En el mismo sentido podemos encontrar una nueva advertencia ignaciana para distinguir con rapidez, en el discernimiento, la *lógica* del Señor de la del “*enemigo*”. Ciertamente, en un hombre que en su vejez supo formular ante los suyos –como recogió después Nadal– que, desde los inicios de su vida de seguimiento, “*había sido llevado suavemente por Dios hacia donde él no sabía*”, no podía faltar la referencia valorativa a la *suavidad* de las llamadas de Dios.

Ya había aparecido este término antes en los Ejercicios, directamente

relacionado con la presencia de Dios o con el seguimiento de Jesús [Ej 124, 275]. Pero es sobre todo aquí, en los consejos para el discernimiento propios de la *Segunda Semana*, donde se presenta como manifestación específica de la acción divina en el alma: “*la suavidad en que estaba* (la persona, antes de ser tentada)...; (porque) *el buen ángel toca al alma dulce, leve y suavemente*” [Ej 334- 335].

Resulta imposible sustraerse al recuerdo de Elías en el Horeb, cuando no encontró a Dios en el huracán, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en el susurro de la brisa suave (1Re 19,11-12). Tampoco para San Ignacio es lugar teofánico el estrépito ruidoso, semejante a la gota de agua chocando contra la piedra. Por eso, las imágenes de la gota de agua entrando en una esponja, o del *buen ángel* entrando en el alma “*con silencio, como en propia casa a puerta abierta*”, responden mejor a la experiencia que ha reconocido de Dios, en sí mismo y en otros [Ej 335].

Definitivamente, la disparidad tan contraria de actuaciones del *buen espíritu* y del *malo* en unas y en otras personas – ya resaltada desde el comienzo [Ej 314- 315]–, según fuere su “*disposición a los dichos ángeles contraria o símile*”, sigue ofreciéndose en todo momento como *marca* inequívoca para todo discernimiento. En los que buscan a Dios, el *buen espíritu* entra ofreciendo “*ánimos, consolaciones y quietud*”, y el *malo* “*aporta tristeza, pone impedimentos e inquieta con falsas razones*”; mientras que en los que no buscan a Dios, ambos *espíritus* “*usa(n) contrario modo*”. Eso mismo se repite aquí ahora como criterio dilucidador para evitar inmediatamente los engaños.

A la persona espiritual le conviene no olvidarlo, después de haberlo reconocido ampliamente en sí misma. Por eso debe hacerse crecientemente sensible a las *constantes* de Dios en su vida, al *estilo* en el que ha reconocido más habitualmente sus llamadas, a las manifestaciones más internas e íntimas en las que se ha sentido ya muchas veces incluso corregida y espoleada, como los de Emaús (Lc 24, 25), por su Señor. Propio es de Él, en efecto, en su comunicación a cada uno, hacer *llover sobre mojado*, repetir la veta en la que ya otras veces ha sido reconocido y disfrutado por “*la su ánima devota*”, y llevar a ésta, con *discreción y suavidad*, “*por la vía que mejor podrá servirle (en) adelante*” [Ej 15]. La *senda* abierta no pide estridencias.

En cambio, los virajes bruscos en la comunicación honda no vienen de Él, sino del “*enemigo*”, más propenso a lo espectacular y llamativo que a lo suave y discreto. La persona espiritual debe tener muy claro que lo estafalario, lo extravagante, lo extemporáneo y las *revelaciones* fulgurantes, no son la forma que Dios utiliza para comunicarse con los que

le buscan, sino todo lo contrario. Ese lenguaje no puede atribuirse a El, como tampoco nada de lo que les haga perder la paz o romper la suavidad discreta.

El discernimiento no es técnica aplicada, sino llamada permanente a buscar a Dios

El *texto* del discernimiento sólo puede entenderse en el mismo *contexto* en el que lo presenta San Ignacio. Es decir, en el de la benevolencia y gratuidad manifiestas de Dios. Es muy significativo que el ejercicio ignaciano de “*las dos banderas*” no termine, como podría esperarse, en la elección de la *bandera buena* por parte del ejercitante, sino en la triple petición humilde de “*ser elegido y recibido debajo de ella*” [Ej 147].

De un modo análogo, cuando el discernimiento aboca a sospechar de sí mismo la atadura desmedida a un autoengaño, tampoco termina el ejercicio correspondiente –“*los tres binarios*”– empujando al ejercitante a *decidir* de una vez arrancar la dependencia de sí, sino animándole encarecidamente a *pedir* tres veces, con todas sus fuerzas y con todo su ánimo –“*aunque sea contra la carne*”– que el Señor le libere de ello [Ej 157].

Todavía más: cuando el discernimiento plantea al ejercitante *considerar* y *advertir* con detenimiento, “*por todo un día*”, cuánto importa dese-
ar el amor a Dios *con locura* para preveniros de autoengaños ocultos y fortalecer así nuestra autenticidad, el ejercicio propuesto –“*las tres maneras de humildad*”– tampoco termina, como podría esperarse en una

decisión formal de amar de ese modo a Dios, sino en una nueva petición triple al Señor para que “*le quiera elegir en esta tercera, mayor y mejor humildad, para más le imitar y seguir*” [Ej 168].

Todo se pide tres veces al Señor. O mejor dicho, en todo lo que hace referencia al discernimiento, San Ignacio nos propone oírnos pedir por tres veces lo que buscamos, para ayudarnos a *sentir* bien el don que esto representa. El discernimiento, ciertamente, no es ni puede ser una *técnica*

espiritual a aplicar, sino un espíritu y un regalo al que abrirse. No es otro el *contexto* donde poder situar y plantear correctamente estos *textos*.

Los engaños se fomentan fuertemente al olvidar tal *contexto*. En efec-

24

*El discernimiento no es
ni puede ser una técnica
espiritual aplicada, sino
un espíritu y un regalo
al que abrirse*

to, cuando se supone que discernir es cuestión de destreza en el uso de unas *reglas* para acceder a una especie de *oráculo* de la divinidad, nada de lo pretendido se hace accesible, la paz y la alegría honda se ausentan del alma y por ningún lado aparece el *provecho* espiritual prometido. En cambio, cuando uno se acerca humildemente a Dios con las manos de mendigo extendidas y el corazón de indigente bien abierto, la palabra del Señor accede limpia al alma, y el corazón la recoge quedándose “*en ascuas*”.

Discernir no es demandar una información privilegiada sobre la propia vida y sus encrucijadas, sino disponerse a abrir un diálogo permanente, vivo, afable, continuo, siempre fresco y nunca terminado, con el Señor Jesús, sobre los avatares de nuestro día a día en su seguimiento. Manteniendo tal actitud, los engaños del egoísmo se hacen fácilmente denunciados y corregibles. En una actitud de autosuficiencia, en cambio, no nos libramos de ellos.

Si se admite el juego de palabras: para los que buscan a Dios, el mejor consejo ignaciano es no parar de buscarle. Y la fuente de los engaños brota de haberse parado y haberse quedado mirando sólo a sí mismo. El discernimiento, entonces, queda frenado.

CONFESIONES

Autobiografía documentada

Pedro de Ribadeneira, SJ

Edición y selección de documentos por
Miguel Lop Sebastià, SJ



MENSAJERO · SAL TERRAE